

JOSÉ VARELA ORTEGA

ESPAÑA

UN RELATO DE
GRANDEZA Y ODIO



Entre la realidad de la imagen
y la de los hechos


ESPASA

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

JOSÉ VARELA ORTEGA

ESPAÑA
UN RELATO DE GRANDEZA
Y ODIO

Entre la realidad de la imagen y la de los hechos



Índice

Portada

Dedicatoria

DEL CÓMO Y PORQUÉ DE ESTE LIBRO
INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE. ADMIRACIÓN Y CONFRONTACIÓN: EL
ESPAÑOL MILITANTE (1479-1680)

I. ADMIRACIÓN E IMITACIÓN: EL PRESTIGIO DE LO ESPA-
ÑOL

1. Arte y arquitectura
2. Modas, maneras, estilos, etiqueta y protocolo
3. Literatura, sabiduría y filosofía, y lengua
4. Una cultura universal e internacional
5. España, stupor mundi: profecías bíblicas e imperio di-
nástico
6. Granada y el fin de la Reconquista
7. La aventura americana: navegación y ciencias del mar
8. La batalla del Atlántico: piratas y convoyes
9. El Ejército y los valores de una época

II. CONFRONTACIÓN: LITERATURA DE COMBATE E IMA-
GEN NEGATIVA

10. Leyendas negras, capacidad proteica para rebrotar,
complejos propios y dobles varas de medir

11. Leyendas grises y guerras de papel
12. De la crueldad y codicia de los españoles: la «furia española» en asedios, conquistas y conquistadores
13. La imagen de la crueldad española en la Destrucción de las Indias: ¿genocidio o mestizaje?
14. Fanatismo, superstición, intolerancia e hipocresía
15. Orgullo, altivez y soberbia
16. La cupiditas regnandi en la profecía de una monarquía universal

III. UNA COLECCIÓN DE ANTÓNIMOS PARA LA CARACTERIZACIÓN DEL ESPAÑOL MILITANTE

SEGUNDA PARTE. IMAGEN CRÍTICA Y CONTRAEJEMPLO, O LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPAÑOL INDOLENTE (1680-1780) Y DECADENTE (1880-1920)

17. Derrotas y victorias en la realidad de la imagen y en la de los hechos
18. Libros auténticos e inventados al servicio de una imagen
19. La condena filosófica de España: un país atrasado, supersticioso y enemigo del progreso
20. Los mismos sustantivos con opuestos adjetivos peyorativos
21. El antiamericanismo de ilustrados y liberales
22. España: una imagen ausente de una historia errada
23. L'homme véridique: nuevos viajeros, menos ilustrados, pero mejor informados
24. La condena de los philosophes: de la Ilustración al positivismo
25. La raza y el supuesto condicionamiento biológico de los países latinos: inadaptación y degeneración
26. La sombra del franquismo es alargada

TERCERA PARTE. LA IMAGEN ROMÁNTICA Y EMOCIONAL: LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPAÑOL APASIONADO (1780-1860)

27. El mismo arte y la misma arquitectura bajo otras miradas
28. Guerra y revolución en el mercado del arte
29. El saqueo de España: difusión y moda del arte español
30. La moda española: el protectorado artístico español de la monarquía orleanista y las subastas londinenses
31. España, sinónimo del Romanticismo
32. 1808: the Cause of Spain, en las calles y en los romances
33. El Romanticismo
34. La guerra de los pueblos (I): España como modelo exhortante
35. La guerra de los pueblos (II): guerrilla y guerrilleros
36. El precio del heroísmo romántico: una imagen lisonjera para un resultado catastrófico
37. Los desastres de la guerra, o el origen del subdesarrollo español
38. Los héroes de la escena española: guerrilleros y bandoleros, contrabandistas y toreros
39. Las imágenes de la mujer española: el mito de Carmen frente a la Inmaculada
40. A la búsqueda de diferencias y orígenes
41. La España oriental y exótica
42. Vista al sur: toda España es Andalucía
43. En busca de la originalidad, las diferencias y el arcaísmo
44. Guardianes de lo pintoresco

CUARTA PARTE. COINCIDENCIAS Y VARIACIONES EN EL ESTEREOTIPO

I. IMÁGENES COINCIDENTES EN VALORACIONES CAMBIANTES

45. Arcaísmo y exotismo
46. La religiosidad hispánica: Inquisición y Reconquista
47. La idealización del «pueblo» español: bajo el síndrome de la hidalguía
48. Fabricando al «español» de una colección de antónimos
49. Valoraciones cambiantes en torno a los dos estereotipos principales

II. DIACRONISMOS

50. Italia
51. España en el origen diferenciado de los Estados Unidos
52. No hay romanticismo en la mirada de la América hispana

III. CONSECUENCIAS DE UNA ECONOMÍA DEL ESTEREOTIPO: PRECIO, COSTES Y RÉDITOS DE UNA IMAGEN FUERTE

53. Napoleón apuesta con imágenes en lugar de informes
54. Iberos y eslavos

IV. ¿HAN CAMBIADO LAS IMÁGENES?

55. Una lucha contra fantasmas gigantes
56. Pensar todavía con la boina de Hemingway
57. Desde 1992, no todo es fiesta y siesta: expectativas inesperadas que modernizan la imagen
58. La «verdadera España» no existe

Epílogo: Eppur [non] si muove

Notas

Créditos

Créditos fotográficos

A mi nieto Lucas, cuya grave dolencia me retuvo en Chile algunos meses, reflexionando sobre este ensayo y acerca de las pocas cosas que son verdaderamente importantes en la vida.

DEL CÓMO Y PORQUÉ DE ESTE LIBRO

En realidad, este libro pretende ser un intento de aproximación a la imagen de España en el extranjero o a la historia del estereotipo: entre el español militante y apasionado y español indolente y decadente, y se desarrolla entre los siglos xv al xxi. Pero mi editora me ha vedado este título. Ni siquiera me lo admite como subtítulo: ¡qué le vamos a hacer! Dicho lo cual y cumplida la pena de titulación, lo que este ensayo pretende es lo que acaba de ser enunciado en estas primeras palabras.

En todo caso, el ensayo que sigue a continuación tiene ya su tiempo. Mucho tiempo. La vida académica y profesional («fundacional», sería apropiado decir en mi caso) me ha llevado a dar muchos tumbos fuera de España; a vivir y a trabajar, a veces bastantes años, en otros países. Pero, como tantas ideas de naturaleza intelectual, el «gusanillo» de la curiosidad por el qué dirán «otros» sobre los españoles me lo contagió uno de mis maestros en Inglaterra, Joaquín Romero Maura. Hace casi medio siglo, recibí una cariñosa postal suya desde Washington, donde se reproducía un cuadro de Manet, conservado en la Phillips Collection, y llamado Ballet Espagnol: en realidad, una escena de baile popular español (andaluz), de moda en los escenarios europeos desde 1830. Por eso, el autor de *La Rosa de Fuego* —libro y espejo por el que nos mirábamos todos los que entonces iniciábamos en Oxford nuestra vida académica— añadió la siguiente apostilla irónica: «¿Para qué viajar, si siempre nos encontramos con lo mismo?». Y aunque, por

aquellos años, andaba yo dándole muchas más vueltas a Lewis Namier y a las estructuras de la política clientelar ochocentista que a los arrebatos de William Beckford o Giacomo Casanova por el baile español, casi desde entonces empecé a coleccionar lecturas, notas e ilustraciones sobre el tema de la imagen de España; reiterada, pero distraídamente, y sin sistema ni propósito concreto.

Por fin, años más tarde, entre 1987 y 1989, le di cierta forma académica elemental al tema en unas conferencias que impartí en el Instituto Di Tella de Buenos Aires y en El Colegio de México, y, con algo más de detalle, en unos cursos de doctorado en la Universidad de Valladolid y en el Instituto Universitario Ortega y Gasset. En los años noventa (también del siglo pasado), ensayé una prueba de resistencia, en lógica y coherencia, con una versión inglesa, y un público académico mayormente angloamericano, en las universidades de Notre Dame (Indiana), Rice (Texas), Georgetown, y en la Library of Congress, de donde saqué más dudas estimulantes que respuestas concluyentes. Con ocasión de la Expo de Sevilla del 92, promocioné y dirigí un congreso de varios días y multitud de participantes sobre la imagen de España en el extranjero, que me dejó el vértigo de la diversidad de países, periodos y temas de asunto tan inabarcable. Algo de aquello se rescató hace menos de tres años en una publicación (editorial Fórcola) apoyada por Jaime García Legaz desde la Secretaría de Estado de Comercio (dentro de un ambicioso y, en mi opinión, sugerente programa sobre la imagen de España, que su sucesora en el cargo, naturalmente, se apresuró a cancelar). Y, poco antes, hace cosa de cuatro años, mi discurso de recepción en la Academia de Historia de la Argentina me sirvió de pretexto para estructurar algo parecido a la presente «Introducción».

Pero ahí estaba la trampa intelectual. Porque una cosa es un guion, y otra muy distinta desarrollar un ensayo que se tenga en pie; sobre todo, en torno a interpretaciones basadas en estereotipos. Interpretaciones en las que uno no cree, salvo —que no es poco— en la medida que sí lo han

creído, desde hace siglos, millones de personas, y lo siguen creyendo todavía hoy día. Representaciones que, por elementales y primitivas que sean, por otra parte y como veremos, han tenido y tienen consecuencias. A mayor complicación, es difícil enhebrar un relato coherente sobre pautas que no respetan el propio paradigma filosófico del que parten: la supuesta realidad «rocosa» (*stereós*) que caracteriza como único al «tipo» en cuestión, y desde la cual se supone pueden deducirse y predecirse determinados comportamientos. Pero es el caso que la historia de la imagen de España es la historia de una contradicción en la lógica de sus propios términos filosóficos, en la medida que hay dos estereotipos principales y, además, de naturaleza contrapuesta: *el español militante* (y apasionado), frente al *español indolente* (decadente y hasta degenerado). A mayor abundancia, los tiempos históricos son muy prolongados, más entrecortados y solapados que puntuales y ordenados, y, para mayor complicación, resultan abrumadores: se trata de caracterizaciones que, como en otros países europeos, nacen en el Renacimiento, pero, en el caso de España, llegan muy peraltadas por la exaltación milenarista que rodea a la «recuperación» de Granada (cuyo profundo impacto internacional no hubiera comprendido sin la asistencia del profesor Ladero Quesada) y a la aventura americana. Por fin, es inevitable —por más que, con frecuencia, resulte un ejercicio un tanto melancólico— contrastar la realidad de las imágenes en relación, a veces, frente, a la realidad de los hechos. Y ese es el exclusivo alcance histórico de este relato; no se busque aquí lo que no se pretende: una historia de España al uso. Dicho lo cual, tampoco se me malinterprete: este no es un alegato ideológico (pro o contra leyendas negras o doradas), sino un ensayo de historia profesional^[1]. Así pues, aquí nada se propone; si acaso, se expone: de modo que —y parafraseando a Pierre Chanou—, las «fobias» y las «filias» solo me interesan como un objeto curioso de psicología social. Como, además, se trata de un relato plagado de contradicciones, pleno de excepciones, y cuyos periodos, aun cuando marcados en su tipo-

logía, con frecuencia se solapan en sus tiempos, más que a trabajos de un Cíclope —que también—, a uno le parece estar atrapado en el mito de Sísifo con una roca imposible de remontar.

Por eso, nada de todo esto hubiera sido posible sin la generosa ayuda de muchísimos colegas. Son tantos que solo algunos caben en estas páginas, aunque todos estén presentes en mi agradecimiento. Excelentes modernistas, como Ricardo García Cárcel y Luis Ribot, han hecho lo imposible por curarme de la enfermedad del anacronismo, dolencia frecuente entre contemporaneistas. De su ciencia he usado y abusado continuamente, poniendo a prueba su generosa paciencia. En la Sevilla de la Expo del 92, María Victoria López-Cordón nos dejó una espléndida intervención, que me sirve ahora para contrastar la imagen admirativa frente a la literatura de batalla en la España imperial. La imagen de España en la Ilustración no hubiera sido posible sin la tutela de María José Villaverde y el excelente seminario que sobre tan jugoso tema y periodo ha promovido en el Instituto Universitario Ortega y Gasset durante años. Con Shlomo Ben Ami he debatido —y aprendido mucho con dos textos espléndidos— acerca de la imagen romántica de España desde nuestros tiempos de Oxford; y con Tom Burns de la peculiar actitud de los «curiosos impertinentes» del XIX, y algo me ha contado también —aunque menos de lo que yo hubiera querido— sobre la marginación, cuando no persecución, de los católicos ingleses, y sobre España como tierra de misión de los predicadores bíblicos. El profesor Moreno Alonso, de la Universidad de Sevilla, con una generosidad ilimitada, ha puesto a mi disposición sus profundos conocimientos —material bibliográfico inédito incluido— sobre la Guerra de la Independencia, el Romanticismo e hispanismo inglés en tiempos del matrimonio Holland, Blanco White y Richard Ford, personajes, época y temas que conoce como nadie. Sin las enseñanzas de Rafael Sánchez Mantero nunca hubiera entendido la imagen de España en las dos Américas tras la independencia; ni tampoco el impacto de la presencia española en el oeste nor-

teamericano y en la independencia de Estados Unidos sin las referencias que me proporcionó Eduardo Garrigues. Como me advirtió Ricardo García Cárcel, tras una lectura de una versión primera y primitiva de este tema, con indulgencia tan cariñosa e irónica como conmovedora, el asunto religioso es fundamental; y mi ignorancia al respecto, descomunal. En esto —y en otros muchos aspectos—, la asistencia y ayuda de Jon Juaristi, el último sabio que queda en Europa Occidental, lo mismo que la inestimable ayuda de María Victoria Spottorno y Díaz Caro, con su dominio del griego clásico y vastos conocimientos de las Escrituras, me han llevado a corregir y cambiar buena parte de la orientación de este libro. Gracias a ambos creo haber comprendido el sentido de lo que don Américo llamaba la raíz bíblica de la monarquía hispánica, tanto en Europa como en América.

Sin las sagaces indicaciones de Eloy García en relación a las interpretaciones al respecto de Carl Schmitt («bajito, feo, católico y mujeriego»), no hubiera comprendido la dimensión ideológica (religiosa) de la «batalla del Atlántico»^[2]; y sin el inacabable conocimiento de Fernando Rodríguez Lafuente y Eduardo Torres Dulce de la literatura y cinematografía de aquella confrontación (con la piratería), me habría sido imposible entender su alcance hasta hoy en la imagen de España. Esa misma singladura por el Atlántico me hubiera resultado incomprensible sin las explicaciones de mi primo Juan José Ruiz de Azcárate Varela, oficial de la Armada y avezado navegante a vela, y sin las pacientes puntualizaciones del almirante Fernando Poole: gracias a ambos creo haber entendido los adelantos de los navegantes ibéricos de los siglos xv y xvi, y lo lento y complicado que resultó calcular la longitud. Pedro González-Trevijano, prestándome, por unas horas, su magnífica cabeza, centrada siempre en el Estado, me ha ayudado, de forma decisiva, a seleccionar las ilustraciones que acompañan —y, en buena medida, dan sentido— a la letra de este libro. Luis María Anson ha leído este texto con una atención y detalle solo explicable por su generosidad y cariño: a su portento-

sa cultura e increíble memoria debo provechosas sugerencias, precisiones y correcciones. Sirvan también estas líneas como recuerdo de Antonio Morales Moya: ya no está entre nosotros, pero me dejó un texto esclarecedor —mecanografiado, que no publicado— sobre la imagen intelectual de España que me ha servido de antorcha en este laberinto[3].

Este trabajo hubiera resultado imposible sin la asistencia y colaboración durante meses de Carmen Rodríguez Santos y Rafael Fuentes, en la identificación, precisión de fuentes y en la corrección de su aparato crítico: han sido ellos quienes me han llamado la atención y descubierto multitud de temas y referencias que han mejorado el libro. En los últimos meses y trayecto, Antonio Hualde ha completado el trabajo —e insertado las ilustraciones en su lugar apropiado— con paciencia y dedicación. Y el profesor Carlos Dardé, en otro tiempo discípulo, hoy maestro, lo ha corregido todo con la meticulosidad que le es propia. La continua asistencia en todo el proceso de Jorge Magdaleno, Carmen Ibáñez y María Luisa Fernández, bibliotecarios de la Fundación Ortega-Marañón, ha sido inestimable. El libro se ha editado gracias a la dirección, tenacidad y determinación de Ana Rosa Semprún, y aparece aseado por obra de la profesionalidad y bien hacer de Lola Cruz y Loida Díez. Como de costumbre, Brenda Shannon, mi asistente desde siempre, ha estado presente también en este, como en todos mis trabajos, inexplicables sin su apoyo y asistencia. Por fin, mi mujer, Carmen Spottorno, ha leído, corregido y aligerado el texto con la dedicación y el buen sentido que le caracterizan. Los errores y carencias, naturalmente, son de mi propia cosecha.

He procurado encastrar lo que son relaciones y testimonios en el propio discurso y relato (y destacar en *cursiva* los testimonios de los protagonistas, para diferenciarlos de opiniones o conclusiones de los profesionales actuales, que van «entrecomilladas»), al objeto de que el lector interesado, pero no especializado, pueda seguirlo sin bajar la vista a las notas: una tarea particularmente complicada en un re-